

# 1

## CÓMO CONOCÍ A TU HERMANO

HARLOW

*Ay, joder, ajjj...*

—Señora, tiene que salir de la tienda. —El gerente de Big Daddy's Naughty Secrets me señaló la salida—. Por favor, no me obligue a llamar a la policía.

—Debería llamarla. —Me crucé de brazos—. Así podré explicarles que alguien de su personal me ha robado y ustedes no han estado dispuestos a hacer nada al respecto. —Me miró fijamente y nuestro *impasse* se prolongó hasta el infinito. No era así como quería pasar la tarde del sábado, pero me negaba a marcharme sin una respuesta—. Tengo la declaración que lo demuestra. —Le hice un gesto para que mirara el papel que había firmado en el mostrador hacía unos segundos—. Jamás he comprado uno de sus juguetes, y quiero que me reembolsen el dinero.

Cogió el documento y pasó el dedo por las líneas subrayadas en rojo.

—Al parecer, compra un montón de lencería en Victoria's Secret.

—Esos cargos son auténticos, por eso están en verde.

—Claro. —Puso los ojos en blanco—. Veamos... —Sabía que iba a hablarme de los trescientos dólares que costaba la colección *Compláceme, papi*, de los ochenta y cinco dólares de *Más que infiel* o los cincuenta dólares que costaban las pastillas para mejorar la erección—. Mire, señorita: como le he dicho, este es un asunto entre usted y la empresa de su tarjeta de crédito. —Dejó la hoja y se encogió de hombros.

—Pero la empresa no está de acuerdo —dije, suplicante—. Y la verdad es que no tenía ni idea de que existiera esta tienda antes de ver los cargos en la tarjeta, así que no he podido comprar todo esto, ¿sabe? Puede tratarse de un robo de identidad.

—Comprendo. —Sonrió—. Lo que quiere es que le conceda el beneficio de la duda, acepte que dice la verdad y le devuelva novecientos dólares sin recuperar los productos. Y con eso quedaría zanjado el asunto, ¿no?

—Sí. —Asentí—. Prometo dejar una crítica de cinco estrellas en *Yelp* en cuanto salga de aquí y también le diré a todo el mundo que no me han hecho pagar por lo que es un caso evidente de robo de identidad.

—Ah, perfecto. —Se cruzó de brazos—. ¡Seguridad!

—¿Qué? —Inspiré hondo—. Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo...

—Está mal de la cabeza, señorita. ¡Seguridad! —repetió a gritos.

Un guardia uniformado y muy fornido se dirigió hacia nosotros a través del pasillo de las muñecas hinchables, pero no esperé a que me alcanzara: cogí el extracto bancario y salí pitando hacia el coche; entré, cerré la puerta y golpeé el volante, frustrada.

En la inmensidad del universo, las compras en esta tienda eran una mísera gota de agua en el mar comparadas con los miles de millones que un montón de imbéciles se gastaban en Pornhub, OnlyFans y Big Booty Club.

Aun así, me costaba hacerme a la idea de que iba a tener que pagar por algo que no había comprado.

Como no sabía qué hacer a continuación, recordé las cuatro cosas que mi difunta madre siempre me sugería cuando tenía problemas con sus devoluciones:

- 1. Denuncia una amenaza de bomba y roba la caja antes de que llegue la policía.*
- 2. Llama a la tienda un millón de veces con teléfonos desechables y bloquéales las líneas hasta que cedan a tus exigencias.*
- 3. Envía correos firmes (pero ligeramente amenazadores).*
- 4. Escribe un mensaje mordaz en Facebook.*

Consideré seriamente la amenaza de bomba porque era la forma más rápida de recuperar mi dinero, pero no tardé en darme cuenta de que mi viejo coche no me iba a permitir escapar a toda prisa, así que me decidí por entrar en la página de Facebook de American Express, ponerles una estrella y desahogar mis frustraciones en su muro público.

*«De: Harlow McGuire*

*Para: Tarjeta de crédito American Express*

*Querida American Express:*

*Dado que todas las personas que me han atendido a través de sus líneas telefónicas se han negado a ayudarme, este es mi último recurso. Por enésima vez, no he comprado un masturbador masculino ni una protección bucal para el sexo oral ni he pagado una suscripción a PornHub. Tampoco entiendo por qué hay un cargo de Netflix en el extracto, porque todos los que conozco usan la cuenta de mi mejor amiga... Pero me voy por las ramas: esos cargos son fraudulentos, y me gustaría recuperar mi dinero lo antes posible.*

*No querría tener que llevar esto a las redes sociales, pero lo haré si no recibo respuesta. Estoy convencida de que a otros clientes insatisfechos les encantará exponerlos e insultarlos como los imbéciles que son.*

*Harlow McGuire».*

Para mi sorpresa alguien de su personal respondió a mi mensaje en cuestión de minutos.

*«De: Tarjeta de crédito American Express*

*Para: Harlow McGuire*

*Hola de nuevo, señorita McGuire:*

*Si al hablar de las personas que se han negado a ayudarla se refiere a que no vamos a anular los cargos, tiene toda la razón.*

*Según nuestros registros, esas compras han seguido un patrón regular desde febrero de este año, así que consideramos que no hay fraude posible. Ha comprado los productos, los ha recibido y está claro que los está disfrutando, así que no dude en exponernos e insultarnos en las redes sociales tanto como desee. Asegúrese de incluir la parte en la que estafa a Netflix. Estamos seguros de que les encantará saberlo.*

*Esperamos recibir su pago mensual el día 15.*

*American Express».*

Solté un grito histérico al leer su respuesta. Había estado tan inmersa en mi agobiante período de prácticas y tan enamorada de mi compañero de estudios, Dave, que hacía meses que no abría los extractos de mi tarjeta de crédito. Además, todos los cargos que había hecho eran de fideos *ramen*, sudaderas y la suscripción a Kindle Unlimited. Bueno, y quizá había comprado de tarde en tarde algún audiolibro erótico, pero nada más.

En resumen: hasta que esa semana me habían rechazado la tarjeta en una tienda, no me había dado cuenta de que algo iba mal.

Derrotada, llamé a Chelsea, mi mejor amiga.

—Hola, mejor amiga del mundo mundial —contestó al primer timbrazo.

—Tienes que dejar de usar esa frase, Chels. No tiene ningún sentido.

—Vale, pues hola a mi mejor amiga, que se ha levantado esta mañana con el pie izquierdo.

—Lo siento. Te llamaba para aplazar lo de la noche de chicas con Farrah y contigo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque ya estoy al límite gracias al cabrón escurridizo que sigue usando mi tarjeta de crédito. Voy a tener que liquidar la deuda hoy y rezar para que no me manden a recobros.

—Lo siento mucho —suspiró—. Espera... Hay un chico en mi clase de Tecnología que a veces piratea a los artistas para divertirse. Si me envías una captura de tu cuenta, puedo enviarle un mensaje con tu número y pedirle que lo investigue.

—Sí, por favor. —Saqué la captura y se la envié—. Muchas gracias.

—De nada. Suele tardar una semana en contestar, así que ten paciencia. Mientras tanto, ¿quieres que te lleve pollo o pasta a la parmesana?

—Pasta.

—Perfecto. —Colgó y arranqué el motor. Antes de que saliera del aparcamiento, apareció en mi pantalla un mensaje de un número desconocido.

**555-976-9087:** *¿En serio? Es facilísimo. Podrías haber encontrado la dirección de este tío a través de la IP tú solita: 786 University Avenue Wayward Dorm, West Campus. Si me pagas cincuenta dólares, te doy su nombre. Y si me envías una foto de tus tetas, te lo dejo en treinta.*

Puse los ojos en blanco. No me hacía falta que me diera más datos porque ya sabía quién vivía en esa dirección: el hermano pequeño de Chelsea, Tyler «No Me Hablo Con Mi Familia».

*Pero qué cojones...*

## 2

### TRUE CRIME

HARLOW

Al salir del ascensor de la residencia de estudiantes masculina del colegio mayor me asaltó un fuerte olor a pizza y alcohol.

Guiándome por la memoria, fui hacia la habitación a la que había ayudado a Tyler a mudarse hacía un par de años. No dejaba de preguntarme por qué leches seguía siendo un novato mientras pensaba en cómo iba a abordar el tema del fraude.

Tyler era solitario, distante y poco conflictivo —lo que explicaba por qué compraba material de masturbación—, pero, aun así, que me robara era inaceptable. Tenía muy claro cuáles eran las mejores opciones: portarme como una amiga comprensiva que le permitiera admitir sus errores, ser la adulta madura que le ofreciera un plan de pagos... o arrancarle la cabeza y esconder el cadáver.

Tras decidirme por la primera opción, llamé a la puerta y esperé, pero no recibí respuesta, así que volví a llamar un poco más fuerte. Nada. Estaba a punto de marcharme cuando escuché el tema de la serie *Friends* sonando en el interior de la habitación.

—¡Abre la puñetera puerta, Tyler! —Di unos cuantos golpes muy fuertes—. ¡Sé que estás ahí! ¡Abre ahora mismo!

Escuché el sonido de unos muebles al arrastrarse por el suelo y después se abrió la puerta.

—¿Cuántas veces tengo que...? —La frase murió en mis labios cuando él apareció en la puerta vestido solo con una toalla blanca alrededor de la cintura.

Se me desencajó la mandíbula cuando su mirada se encontró con la mía e inspiré de forma lenta y entrecortada: ese hombre no era el chico al que había ayudado con la mudanza años atrás: o era un impostor o me engañaba la vista, porque ese tío era sexy de cojones.

Ya no llevaba el cabello oscuro y rebelde hasta los hombros: ahora lucía un corte muy pulcro por el que cualquier mujer habría querido pasar los dedos, los impresionantes ojos verdes no se escondían tras unas gafas enormes y en el pecho, donde antes estaba la cicatriz que se había hecho en el colegio, llevaba un tatuaje: *«Acepta lo que es, olvida lo que fue y ten fe en lo que será»*.

Vi cómo las gotas de agua se deslizaban desde su pecho hasta sus abdominales y supe sin lugar a dudas que sus días de llevar sudaderas holgadas habían quedado atrás. Siempre había pensado que era bastante mono cuando lo había visto en casa de Chelsea, pero estaba claro que esa definición había quedado desfasada: era el hombre más sexy que había visto nunca, y a mucha distancia de la competencia, incluido mi novio de ese momento.

—Hola, Harlow —saludó con voz profunda.

—Hola, ladrón. —Salí del trance.

—No te ofendas, pero pareces cansada...

—¿Quieres saber lo que no parezco? —Me crucé de brazos—. No parezco la clase de persona que compraría masturbadores masculinos o pastillas alargapenes o que pagaría por una suscripción para ver vídeos porno de gente haciéndolo al estilo perrito. —Enarcó una ceja—. Te conozco desde hace años y sé que estás desesperado porque eres virgen y solitario, pero el fraude con tarjeta de crédito es un delito grave. Hay consecuencias y repercusiones, y los cabrones que roban deben pagar por lo que han hecho. —Esbozó una sonrisa deslumbrante: los días de llevar aparato ya habían pasado a la historia—. Y ahora es cuando me dices cómo vas a devolverme el dinero. Estoy esperando. —Me miró fijamente durante varios segundos sin decir palabra—. ¿Tengo que repetírtelo? —pregunté—. Si no me respondes, no me va a quedar más remedio que contarles a tu hermana y a tu madre cómo has estado pasando tu interminable primer año. Entre tú y yo, dudo que les impresione que hayas decidido conseguir una doble licenciatura en Fraude y Masturbación...

—Harlow, no tengo ni idea de qué demonios estás hablando.

—¿Tengo que repetirlo?

—No. —Se acomodó la toalla y me esforcé por no mirar lo que escondía—. Para empezar, nunca he pagado por ver porno ni he comprado juguetes sexuales. Y ni mucho menos soy virgen... —Me puse como un tomate cuando me miró de arriba abajo—. Tampoco tengo ni idea de por qué piensas que he usado tu tarjeta de crédito.

—Porque le he pedido a alguien que rastree la IP. —Saqué el teléfono y le mostré el mensaje—. ¿Ves? Esta es tu dirección.

—La dirección del colegio mayor. Pero aquí viven como otros cien tíos más...

—¿Y saben todo el tiempo que llevas siendo novato?

—Cancela la tarjeta y mañana intentaré averiguar algo. —Esquivó mi pregunta, divertido—. Me llevo bien con el tío que trabaja en la sala de correos, así que tal vez descubra quién te está robando.

No dije nada.

Una parte de mí se sentía estúpida por haber hecho una suposición más o menos infundada y la otra estaba embelesada con sus labios carnosos y bien dibujados. *¿Desde cuándo tienes este aspecto?*

—Creo que ahora es cuando te disculpas, Harlow —dijo con una sonrisa satisfecha—. Estoy esperando...

—Siento que tengas que convivir con alguien dispuesto a robarle a la mejor amiga de tu hermana. No alcanzo a imaginar lo mal que debes de sentirte al saber que hay un delincuente bajo tu techo.

—Creo que puedes hacerlo mejor...

—Siento que todavía estés en la universidad y que alguien buscara entre la gente que conoces y me robara los datos de la tarjeta.

—Tampoco. —Su sonrisa hizo que sintiera un cosquilleo en el estómago—. Inténtalo otra vez.

—Lo siento —cedí—. No debí hacer suposiciones sin más.

—También deberías haber llamado antes de venir. —Se apoyó en el marco—. ¿Y si tuviera compañía?

—¿La tienes?

—Depende —dijo, mirándome de un modo que me hizo sonrojarme—. ¿Te gustaría ver una serie conmigo? ¿Por los viejos tiempos?

Parpadeé. Hacía años que no veíamos nada juntos. Hubo una época en la que siempre podía contar con él para darnos un atracón de las series que Chelsea odiaba —las de terror, ciencia ficción o los documentales—, pero eso había sido cuando era yo la que estaba en

la universidad y no me había atrevido aún a pensar en qué sentiría si me besara.

—Yo... —Di un paso atrás cuando se me pasó por la mente una imagen en la que me abalanzaba sobre ese pecho duro como una roca—. Tengo que irme a casa.

—Si te quedas, te pago la gasolina.

—En ese caso, como estoy en bancarrota, me quedaré a ver un par de episodios.

Soltó una risita y me hizo un gesto para que entrara.

Me sorprendió que la habitación, mucho más grande de lo que esperaba, estuviera limpia y ordenada; no parecía que viviera en ella un universitario.

La cama estaba junto a enorme ventanal y la pantalla gigante de televisión estaba colgada en la pared, custodiando una hilera de cajas cuidadosamente apiladas; en las estanterías no parecía haber libros de ficción, solo textos de Fisioterapia y Presoterapia.

*Así que has vuelto a cambiar de especialidad...*

—¿Sabes, Tyler? Dejar los estudios no es nada de lo que debas avergonzarte. Cuando la gente dice «Tómate todo el tiempo del mundo para encontrar lo que te apasiona antes de graduarte», no lo dice en serio.

—Veo que sigues siendo una sabelotodo...

—Solo digo —le di la espalda cuando entró en el baño para vestirse— que no tienes por qué malgastar treinta mil dólares al año en la matrícula si no vas a aprovecharla. Podrías montar tu propio negocio o algo así.

—A lo mejor ya lo he hecho —dijo. Me tendió una cerveza—. Presupones demasiado.

Me acerqué a una bonita cesta dorada que había en el alféizar de su ventana y me detuve al darme cuenta de que estaba repleta de condones talla XXL con doble acanalado para el placer de «ella».

—¿Tu negocio está relacionado con el sexo? —pregunté sin poder evitarlo.

—No, Harlow. —Se acercó a mi espalda—. Para nada. Y ya que hablamos de sexo..., ¿quieres llevarte uno de esos a casa para follar con un plátano? Eso era lo que Chelsea y tú solíais hacer durante algunas de vuestras fiestas de pijamas, ¿verdad?

—Vale, mira. —Me giré, con los ojos entrecerrados—. Teníamos diecisiete años y fue algo que probamos una vez porque lo oímos en la radio. Y se suponía que tú estabas durmiendo.

—Pero no lo estaba. —Sus labios dibujaron una sonrisa—. Y, por supuesto, solo te miraba a ti.

—Bueno, espero que aprendieras algo.

—Lo aprendí todo sobre lo que no hay que hacer.

—Vale. Creo que ya no quiero ver esa serie contigo —repliqué, sintiéndome insultada—. No parece que fuera por eso por lo que querías que entrara en tu habitación.

—Por supuesto que no. —Me besó por sorpresa y me dejó sin habla al instante.

*Pero qué...*

Dejé caer la cerveza al suelo, ignorando las salpicaduras que me mancharon los zapatos, y le eché los brazos al cuello. Él me miró fijamente a los ojos mientras me pasaba la lengua por el labio inferior, exigiéndome en silencio que abriera la boca para él; obedecí encantada y dejó un reguero de besos suaves sobre mis labios antes de deslizar su lengua contra la mía.

Me inmovilizó con las caderas contra el escritorio y me acarició los costados, excitándose sin esfuerzo. Cuando me besó con más fuerza, más profundamente, sentí el anhelo y el deseo reprimidos, y quise que se no se detuviera nunca.

—Joder... —Carraspeé.

Susurró mi nombre, deslizó la mano por la parte trasera de mi camisa, toqueteó el cierre del sujetador con el pulgar y... recobré el sentido común.

*¡Dios mío, estoy besando a Tyler! ¡Al hermano pequeño de Chelsea! ¡A Tyler!*

Dejé de besarlo al instante y me aparté del escritorio.

—¿Qué leches estás haciendo? —Jadeé—. Quiero decir... A ver, sé lo que estás haciendo, pero tengo novio, Tyler.

—Soy muy consciente de ello.

—Se llama Dave y llevamos juntos bastante tiempo.

—También soy consciente de ello. —Parecía a punto de volver a estrecharme entre sus brazos para besarme de nuevo. Y de haber sido otras las circunstancias, me habría gustado que lo hubiera hecho.

—Bueno, yo... —Intenté apartar la mirada de él, pero no fui capaz—. Debería irme a casa. Ahí tengo mi propia tele. Y Netflix. —

Me miró como si le hubiera hablado en un idioma extranjero. Como no quería que el momento fuera aún más incómodo, pasé por encima de la lata de cerveza vacía para ir hacia la puerta. Él me siguió y me la abrió—. ¿Podemos acordar que esto no ha pasado? Es que jamás traspasaría los límites contigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro.

—Lo digo en serio —insistí con tono firme—. Eres muy atractivo, y seguro que te siguen gustando los mismos programas de televisión que a mí, pero...

—¿Pero qué?

—Eres demasiado joven para mí, Tyler. Entre otras cosas.

Me alejé antes de que pudiera decir nada más. A cada paso me tocaba los labios hinchados con asombro absoluto. Ningún otro hombre me había besado así.

—¿Harlow? —me llamó cuando estaba llegando al ascensor.

—¿Sí? —Miré por encima del hombro.

—Me olvidaba del dinero de la gasolina —dijo acercándose a mí. Me tendió un billete de veinte dólares, pero no me dio la oportunidad de cogerlo: lo dobló lentamente y lo metió en el bolsillo delantero de mis pantalones

—Me prometes que vas a olvidar todo esto y a no volver a pensar en ello jamás, ¿verdad? —pregunté.

—Por supuesto. —Pulsó el botón del ascensor—. Esto no ha pasado.